

EL AMOR Y SU DESINTEGRACION EN LA SOCIEDAD OCCIDENTAL CONTEMPORANEA

• Estas páginas constituyen uno de los capítulos fundamentales de *The art of loving*, libro aún inédito en español. UDEM agradece al doctor Erich Fromm su amable autorización para traducirlas y publicarlas en el presente número.

Por Erich FROMM

EL AMOR es una aptitud de la personalidad productiva y madura, determinada en último término por la naturaleza del ambiente social; de ello se infiere que la capacidad de amar en un individuo que vive dentro de cualquier cultura dada, depende del influjo que esta cultura ejerce sobre el carácter de la persona ordinaria. El hablar acerca del amor en la cultura occidental contemporánea, implica el preguntarse, ante todo, si la estructura social de la civilización occidental y el espíritu que deriva de aquélla, conducen al desenvolvimiento del amor. Pero no será posible suscitar semejante pregunta sin tener que contestarla, de inmediato, negativamente. Ningún observador objetivo de nuestra vida occidental puede poner en duda que en la misma, el amor —amor fraterno, amor materno y amor erótico— sea un fenómeno relativamente infrecuente y que su sitio se encuentre usurpado por numerosas formas de pseudo amor, que son en realidad otras tantas formas de su desintegración.

La sociedad capitalista descansa en el principio de la libertad política, de un lado, y del mercado como regulador de todas las relaciones económicas (y, por tanto, de las sociales), del otro. El mercado de productos básicos determina las condiciones bajo las cuales se cambian las mercancías; el del trabajo regula la adquisición y venta del mismo. Tanto las cosas útiles, como la destreza y la energía humanas útiles, adquieren la calidad de mercancías y se intercambian, a no mediar fuerza ni fraude, de acuerdo con las condiciones de un mercado. Los zapatos, bienes tan útiles y necesarios como el que más, carecen de valor económico (valor de cambio) si no hay demanda de ellos en el mercado; asimismo, la energía y la pericia humanas no tienen ningún valor de cambio mientras no haya demanda de ellas según las condiciones dichas. El poseedor del capital puede comprar trabajo y ordenar éste, a efecto de que la inversión de aquél resulte provechosa. El dueño del trabajo está obligado a venderlo a los capitalistas, dentro de las condiciones prevalecientes en el mercado, o resignarse a morir de hambre. Esta estructura económica se traduce en una jerarquía de valores. El capital gobierna al trabajo; los bienes acumulados, cosas muertas, tienen un valor superior al del trabajo, a las energías peculiares del hombre, a las actividades vivas.

Tal ha sido, desde sus comienzos, la estructura fundamental del capitalismo, y ella sigue siendo característica del capitalismo moderno, si bien, por lo que hace a este último, la evolución de un cierto número de sus factores depara al sistema algunas cualidades específicas, las que influyen profunda y peculiarmente en la estructuración de la personalidad humana de nuestra época. El desarrollo de la sociedad capitalista ha

determinado un continuo proceso de creciente centralización y concentración del capital. Las grandes empresas aumentan de tamaño sin cesar; las más pequeñas son aplastadas hasta su completa extinción. El hecho de la propiedad del capital invertido en todas estas empresas, se va diversificando más y más del acto de administrarlas. Cientos de miles de accionistas "son propietarios" de la empresa; una burocracia administrativa —bien pagada, pero que no es dueña de la empresa— la maneja. Esta burocracia se interesa menos en obtener el máximo de ganancias, que en la expansión de la negociación y de su propio poderío. Por lo demás, si la progresiva concentración del capital y la emer-



"es un soñar despierto"

gencia de una burocracia administrativa poderosa corren paralelas, ello es así gracias a la correlativa evolución del movimiento laboral. La sindicalización del trabajo ha hecho que el obrero individual no sea el encargado de luchar, en el mercado del trabajo, por sus propios intereses; cada trabajador se encuentra unido a los otros obreros, dentro de los grandes sindicatos, también dirigidos por una poderosa burocracia, y es ésta la que lo representa frente a los colosos de la industria. La iniciativa ha sido trasladada, para bien o para mal, en los campos del capital tanto como en los laborales, del individuo a la burocracia. Cada vez en mayor número, las personas dejan de ser autónomas para venir a depender de los directores de los grandes imperios económicos.

Otro rasgo decisivo, típico del capitalismo moderno, estriba en el modo en que se opera la organización del trabajo. Las empresas grandemente centralizadas, al instituir una radical división de labores, propician una organización del trabajo en la que el individuo pier-

de su individualidad, para transformarse en un engranaje negociable de la máquina total. El problema humano del sistema capitalista moderno puede, en suma, ser formulado de la siguiente manera:

El capitalismo contemporáneo necesita hombres deseosos de cooperar con él mansa y abundantemente, que quieran consumir más y más, y cuyos gustos, uniformados, puedan ser influidos y previstos sin dificultad. Necesita hombres que se sientan libres e independientes, no sujetos a ninguna autoridad o principio o conciencia — y, sin embargo, ansiosos de ser mandados, de hacer lo que se espera de ellos; para que embonen sin problema en la maquinaria social; que puedan ser guiados sin recurso a la violencia; dirigidos sin la comparecencia de los directores, impelidos a obrar sin que sea preciso señalarles otra meta que no sea la de cumplir, estar en marcha, funcionar, ir adelante.

¿Cuál es el resultado? El hombre moderno yace enajenado de sí mismo, de su prójimo y de la naturaleza.¹ Ha sido transformado en una pura mercancía; experimenta sus fuerzas vitales como una inversión que deberá otorgarle la mayor ganancia posible dentro de las condiciones mercantiles existentes, y nada más. Las relaciones humanas devienen, esencialmente, las de unos autómatas enajenados, cada uno de los cuales finca su seguridad en el hecho de permanecer cerca del rebaño y en no diferenciarse uno de otro ni en el pensamiento, ni en el sentimiento, ni en la acción. Todos tratan de estar lo más cerca posible de los demás; todos, sin embargo, permanecen en completa soledad, llenos de una honda sensación de inseguridad, ansiedad y culpa, que deriva fatalmente de cierto invencible estado de aislamiento recíproco. Ahora bien, nuestra civilización ofrece muchos paliativos que coadyuvan a mantener la conciencia humana en ignorancia de esta soledad: primero que nada, la estricta rutina del trabajo mecánico burocratizado, que ayuda a la gente a desconocer sus afanes fundamentales, su anhelo de trascendencia y de unidad. En la medida en que esta sola rutina no logra plena eficacia, el hombre intenta ahogar su desesperación inconsciente por medio de otro mecanismo: el de la diversión, el del pasivo consumo de sonidos y visiones ofrecidas por la industria de las distracciones; e inclusive se refugia en el placer de comprar más y más cosas nuevas y cambiarlas en seguida por otras. El hombre moderno está, en rigor, muy cerca del retrato que describe Huxley en su *Un mundo feliz*: pese a encontrarse bien alimentado, bien vestido, sexualmente satisfecho, carece de un yo propio, de un contacto que no sea el más superficial, con su prójimo; hasta aparece guiado por los lemas que Huxley formuló allí tan rotundamente, lemas tales como: "Cuando el individuo siente, la comunidad lo resiente"; o "Nunca dejes para mañana la diversión de que puedas gozar hoy", o el postulado culminante: "El mundo entero es feliz en estos días." Divertirse consiste en obtener la satisfacción de consumir y "engullir" mercancías, imágenes, comida, bebida, cigarrillos, gente, lecturas, libros, películas; todo ello es consumido, devorado. El mundo es un gran objeto de

nuestro apetito, una gran manzana, una gran botella, un gran seno. Nosotros somos los niños de teta, los que eternamente quedan a la expectativa, los esperanzados — y perennemente desilusionados. Nuestra personalidad está conformada para intercambiar y recibir, para trocar y consumir; todo, tanto los bienes espirituales como los materiales, se vuelve un objeto de cambio y de consumo.

En lo que concierne al amor, la situación corresponde, necesariamente, a este carácter social del hombre moderno. Los autómatas no pueden amar; pueden intercambiar sus "envases de personalidad", con la esperanza de hacer un buen negocio. Una de las expresiones más significativas del amor, y especialmente del matrimonio con tal estructura enajenada, es la noción de "equipo". Si se examinan cualesquier artículos de revistas sobre cómo efectuar un matrimonio feliz, se advertirá que el ideal descrito en ellos es siempre el de un "equipo" que opere con eficacia. Semillante descripción difiere mucho de la idea de un empleado eficazmente operante, cuyo modelo es el que obra con "razonable independencia", y se muestra cooperativo y tolerante a la vez que ambicioso y agresivo. Del mismo modo, en otro plano, el "experto en consejos matrimoniales", recomienda que el esposo deberá "comprender" a su esposa y mostrarse servicial; comentar con elogio el nuevo vestido que ella luce y los platillos que ella prepara. La esposa, por su parte, será comprensiva cuando él llega a casa fatigado y de mal humor; escuchará con atención sus relatos en torno a los problemas de su oficina; hará gala de su comprensión, y no de su enfado cuando él olvide la fecha de su cumpleaños. El valor de este género de relación no es más alto que el de una simple conexión "bien lubricada" entre dos personas que permanecen mutuamente ajenas durante toda la vida, que nunca llegan a establecer un vínculo profundo o "central", pero que se tratan entre sí con plena cortesía, procurando cada uno que el otro pase la existencia de la mejor manera posible.

Para esta concepción del amor y el matrimonio, la meta fundamental que

se persigue reside en hallar un refugio contra una sensación de soledad que de otro modo sería insoportable. En el "amor" se llega a encontrar, por fin, un abrigo contra el aislamiento. Lo que sucede es que se constituye una alianza de dos contra el mundo, un egoísmo *à deux*, pero éste se confunde con el amor y la intimidad.

El énfasis puesto en el espíritu de equipo, en la tolerancia mutua, etc., obedece a una evolución relativamente reciente. En los años que siguieron a la primera Guerra Mundial lo precedió una concepción del amor en la que la satisfacción sexual recíproca resultaba la supuesta base de toda plena relación amorosa y, en particular, de un matrimonio feliz. Se consideraba que las causas de la frecuente desdicha matrimonial radicaban en el hecho de que los cónyuges no habían realizado un "ajuste sexual" correcto; la razón de esta laguna se presumía en la ignorancia respecto a cuál era el comportamiento sexual "correcto" y, por tanto, en la defectuosa técnica sexual de uno o ambos compañeros. Una multitud de libros daban instrucciones y consejos acerca de dicho comportamiento sexual correcto a fin de "curar" aquella falla, y de ayudar a las desgraciadas parejas incapaces de amarse; esos textos, de manera implícita o expresa prometían la felicidad y el amor a quienes acataran sus orientaciones. La idea subyacente en ellos era la de que el amor es producto del placer sexual, y que si dos personas aprenden a satisfacerse recíprocamente desde el punto de vista sexual, esto es suficiente para que se amen el uno al otro. Idea concordante con la ilusión general, en aquel tiempo, de que el uso de las técnicas apropiadas constituye la solución, no sólo de los problemas técnicos de la producción industrial, sino asimismo, de la totalidad de los problemas humanos. El hecho de que justamente lo opuesto a tal premisa era lo cierto, ni siquiera se sospechaba.

El amor no es el resultado de la satisfacción sexual adecuada; ésta —incluso en sus aspectos llamados técnicos— es fruto del amor. Y si este postulado requiriese aun de una comprobación diversa de la que depara la observación cotidiana, tal prueba se hallaría en el vasto material del acervo psicoanalítico. El estudio de los problemas sexuales más frecuentes —la frigidez en la mujer y las formas más o menos severas de impotencia psíquica en el hombre— demuestra que la causa no estriba en una falta de conocimiento de la técnica correcta, sino en las inhibiciones que hacen imposible el amor. El miedo o el odio hacia el sexo contrario yacen en el fondo de las dificultades que impiden a una persona entregarse por completo, actuar espontáneamente, confiar en su compañero sexual en los momentos de intimidad física inmediata y directa. Si una persona sexualmente inhibida puede superar su miedo o su odio, y volverse, en consecuencia, capaz de amar, sus problemas sexuales quedarán resueltos automáticamente. De lo contrario, ninguna pericia en la técnica sexual, por amplia que aquella sea, le prestará un auxilio efectivo.

Los datos obtenidos en la terapia psicoanalítica, según hemos dicho, nos llevan a creer en lo falaz que resulta la repetida noción de que la posesión de



"la preeminente imagen del padre"

una técnica sexual apropiada conduce a la dicha sexual y al amor. Esta noción obedecía en gran parte al influjo de las teorías de Freud, para el cual el amor era esencialmente un fenómeno sexual. "Al haber comprobado el hombre, por sí mismo, que el amor sexual (genital) le aportaba la máxima gratificación —a tal punto que llegó a convertirse de hecho, para él, en un prototipo de la felicidad misma—, es natural que se haya sentido urgido a buscar su dicha yendo más allá en el camino de las relaciones sexuales, hasta llegar a hacer del erotismo genital el punto central de su vida."² La experiencia del amor fraternal es, para Freud, un resultado del deseo sensual, en el cual, sin embargo, el instinto sexual se transforma en un impulso coartado en su fin. "Este tipo de amor así inhibido estaba, por cierto, en sus orígenes, lleno de apetito sensual, y en tal forma primitiva aparece aún en el inconsciente humano".³

Por lo que respecta al sentimiento de fusión, de unidad ("sentimiento oceánico"), sentimiento que constituye lo esencial de la experiencia mística, y que está en la raíz del sentido de unión (en su forma más intensa) con otra particular persona o en general con los demás, fue interpretado por Freud como un fenómeno patológico, como una regresión a un estado de un temprano "narcisismo ilimitado".⁴

Un paso más, y para Freud el amor en sí mismo entraña un fenómeno irracional. No hay para él ninguna diferencia entre el amor irracional y el amor como una expresión de la personalidad madura. En un estudio sobre el amor transferencial,⁵ señaló que éste no difiere de un modo esencial del fenómeno "normal" del amor. El enamoramiento siempre frisa con la anormalidad, siempre se asocia a la ceguera frente a la realidad, a la compulsividad, y es una transferencia de objetos de amor durante la niñez. El amor como fenómeno racional, como culminación de la madurez no era, para Freud, susceptible de ser investigado, puesto que carecía de existencia real.

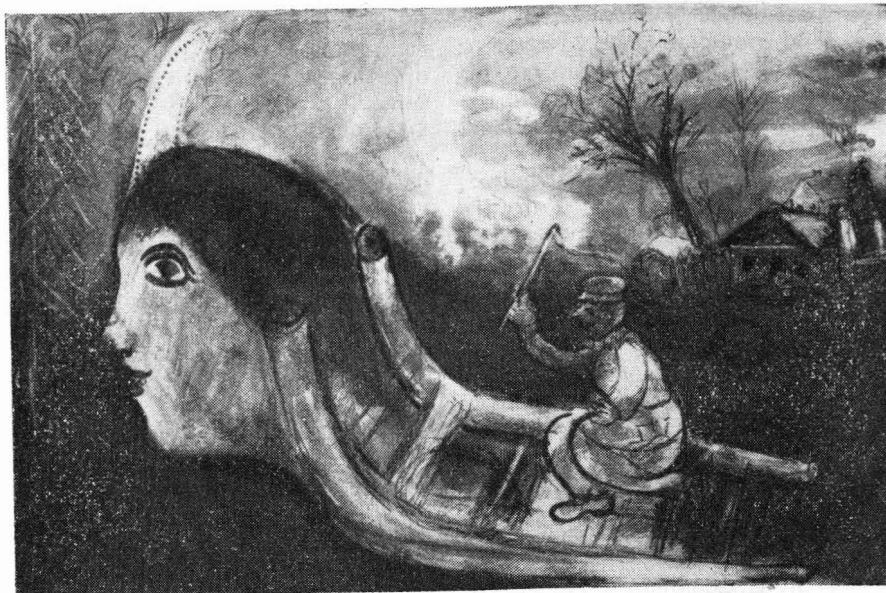
Sería, no obstante, un error sobreestimar el influjo que las ideas de Freud ejercieron en la concepción, según la cual el amor no es más que un resultado de la atracción sexual, o más bien lo mismo que esta última, en cuanto



"es el amor el que produce la felicidad"

aparece reflejada en la afectividad consciente. En rigor, el nexo causal es el inverso. Las ideas de Freud fueron incluidas, en parte, por el espíritu del siglo diecinueve; en parte se popularizaron a través del espíritu prevaleciente en los años que siguieron a la primera Guerra Mundial. He aquí algunos de los factores que influyeron tanto en el concepto popular como en el freudiano: desde luego la reacción en contra de las costumbres de la época victoriana; en segundo lugar la concepción que entonces se tenía del hombre, y que se sustentaba en la propia estructura del capitalismo. A efecto de probar que el capitalismo correspondía a las necesidades naturales del hombre, debía mostrarse que éste por naturaleza tendía a la competencia y estaba lleno de hostilidad hacia el prójimo. En tanto que los economistas "probaban" esta tesis aludiendo a un insaciable deseo de ganancia económica, y los darwinistas invocaban la ley biológica de la supervivencia del mejor dotado, Freud llegó al mismo resultado mediante la presunción de que lo que mueve al hombre es un ilimitado deseo de conquistar sexualmente a todas las mujeres, y de que sólo las presiones sociales le impiden actuar según sus deseos. El corolario lógico es que los hombres tienen fatalmente celos los unos de los otros, y estos celos recíprocos, y esta libre competencia seguirían existiendo, aun cuando la totalidad de sus móviles económicos llegasen a desaparecer.⁶

En definitiva, el pensamiento de Freud fue vastamente afectado por el materialismo del siglo diecinueve. El presupuesto de que todos los fenómenos mentales encontraban su origen en los fisiológicos hizo que Freud explicara el amor, el odio, la ambición y los celos como expresiones diversas del instinto sexual. No advertía que la realidad fundamental estriba en la totalidad de la existencia humana, sobre todo en la situación universal del hombre y en segundo término, en los modos de vida determinados por la estructura específica de la sociedad. (El avance decisivo que superó este tipo de materialismo fue realizado por Marx al elaborar el "materialismo histórico": ya no es el cuerpo, ya no es un instinto asimilable al apetito de alimento o de posesión, lo que constituye la clave para entender al hombre, es el proceso total de la vida humana, su "praxis vital".) De acuerdo con Freud, la satisfacción completa y carente de inhibiciones de todas las urgencias del instinto equivale a la salud mental y a la felicidad. Sin embargo, los hechos clínicos más obvios demuestran que los hombres —y las mujeres— que consagran sus vidas a la irrestricta gratificación sexual no logran por ello ser felices; en cambio, sufren a menudo graves conflictos o síntomas neuróticos. La satisfacción acabada de todas las exigencias instintivas no sólo no es el sustento de la dicha; ni siquiera entraña una garantía de cordura. Si la hipótesis de Freud alcanzó tamaña divulgación en aquella posguerra, ello se debió a la mudanza ocurrida en la marcha del capitalismo: se subrayó la importancia del gastar frente a la del ahorrar, del consumo como base de un mercado cada vez más amplio, y como matizado frente a la de la autofrustración como un medio para alcanzar el buen éxito económico.



"la única meta: que se les guíe hacia adelante"

El no aplazar la satisfacción de ningún deseo se convirtió en la tendencia más acusada, tanto en el ámbito del sexo como en el campo del consumo material.

Es interesante comparar estos conceptos de Freud, que responden a una determinada fase del capitalismo, con las teorías de uno de los más brillantes psicoanalistas contemporáneos: H. S. Sullivan. En el sistema psicoanalítico de Sullivan hallamos, en contraste con el de Freud, un deslinde riguroso entre la sexualidad y el amor.

¿Qué son, para Sullivan, el amor y la intimidad? "Intimidad es aquel tipo de situación humana bilateral, que permite poner en valor todos los componentes positivos de la personalidad. La validación requiere un tipo de vínculo personal que yo llamo colaboración, nombre con el cual designo aquellos ajustes —diáfanoamente formulados— del propio comportamiento, a las declaradas necesidades de la otra persona en la búsqueda de una creciente identificación, es decir, de una satisfacción más y más próxima a la perfecta reciprocidad, y en el mantenimiento de operaciones hacia una confianza progresivamente similar."⁷ Si desnudamos la afirmación de Sullivan de su complejo lenguaje, advertiremos que la esencia del amor se halla aquí localizada en una situación de colaboración, en la que dos personas sienten: "Actuamos de acuerdo con las reglas que se nos proponen a fin de preservar nuestro prestigio y nuestro sentimiento de superioridad y mérito."⁸

Así como la concepción freudiana del amor describe la experiencia del macho patriarcal en los ya dichos términos del capitalismo del siglo pasado, la descripción de Sullivan se refiere a la experiencia de la personalidad alienada y mercantil de nuestro siglo. Es una descripción de un "egotismo à deux", de dos personas que combinan sus intereses comunes y que enfrentan conjuntamente un mundo hostil y alienado. En realidad, su definición de intimidad, es válida en principio desde la perspectiva de cualquier equipo cooperante, todos los miembros del cual, "ajustan su comportamiento a las declaradas necesidades de la otra persona en la búsqueda de metas comunes" (es digno de notarse que Sullivan hable aquí de necesidades declaradas, *expressed*, cuando lo menos que puede decirse acer-

ca del amor es que implica una reacción frente a las necesidades inexpressadas entre dos personas).

El amor como una satisfacción sexual mutua, y el amor como "trabajo de equipo" y como abrigo contra la soledad, constituyen las dos formas "normales" de la desintegración del amor en la sociedad occidental moderna, la patología del amor que se acomoda a los moldes sociales. Hay muchas formas individuales de la patología del amor, que redundan en un sufrimiento consciente y que los psiquiatras, a la vez que un número cada vez mayor de legos, consideran neuróticas. Descubriendo brevemente algunas de las más frecuentes, con los ejemplos que siguen:

La condición básica del amor neurótico reside en el hecho de que en uno de los "amantes" o en ambos, ha subsistido la fijación de la figura de uno de los padres, por lo que transfiere los afectos, expectativas y temores anteriormente experimentados ante el padre o la madre, a la persona amada ya durante la edad adulta; las personas en cuestión no han llegado jamás a superar una pauta de dependencia infantil, y buscan un cumplimiento de esta misma pauta a través de sus exigencias afectivas de la vida adulta. En estos casos, la persona ha permanecido desde el punto de vista afectivo, un niño de dos años, o de cinco, o de doce, en tanto que intelectual y socialmente su nivel está de acuerdo con su edad cronológica. En los casos más severos, esta inmadurez emocional conduce a trastornos por lo que hace a su eficacia social; en los menos severos, el conflicto se reduce a la esfera de sus relaciones personales íntimas.

Con referencia a nuestra previa consideración de la personalidad fijada en la imagen del padre o de la madre veamos la situación de aquellos hombres que, en el curso de su desarrollo emocional, se han mantenido en una fase de apego infantil a la madre, tipo de relación amorosa neurótica que se da a menudo en nuestros días. Estos hombres, por así decirlo, no han llegado nunca a ser destetados. Sus sentimientos son los de un niño; buscan la protección, el cariño, el calor, los cuidados y la admiración maternos; necesitan el amor incondicional de la madre, otorgado por la exclusiva razón de que ellos lo precisan, de que son virtualmente niños pe-

queños y desamparados. Con frecuencia se muestran agradables y afectuosos cuando tratan de inducir a una mujer a amarlos, y aun después de haberlo logrado. Pero su relación con la mujer (y, de hecho, con todos los demás) no deja de ser superficial e irresponsable. Su propósito es el ser amados, no el amar. En los hombres de tal naturaleza prevalece por lo común una buena dosis de vanidad, ideas de grandeza más o menos aparentes. Cuando hallan la mujer adecuada, se sienten seguros, los amos del mundo, y pueden desplegar muchísimo afecto y simpatía; pero éste es justamente el motivo por el que resultan a menudo tan decepcionantes. Cuando, después de cierto tiempo, la mujer deja de estar a la altura de sus fantásticas exigencias, los conflictos y el resentimiento comienzan a despertar. Si la mujer no vive en perpetua adoración de ellos, si pretende una vida independiente, si desea ella misma ser amada y protegida y, en casos extremos, si no está dispuesta a perdonar sus aventuras con otras mujeres (o incluso a exhibir al respecto un interés admirativo), el hombre se siente hondamente lastimado y desilusionado, y suele racionalizar este sentimiento ideando que la mujer "no lo ama, que es mezquina o que es dominante". Cuanto no se asimila a la actitud de una madre cariñosa hacia un niño encantador, es interpretado como falta de amor. Semejantes hombres confunden por lo general sus modales afectuosos, su afán de agradar, con el auténtico amor, y de esta suerte llegan a la conclusión de que el trato que se les da es injusto: imaginan estar dispensando un gran amor y se quejan con amargura de la ingratitud de su compañera.

En algunos casos aislados, la persona fijada a la madre logra desempeñarse sin graves trastornos. Si su madre, en efecto "amaba" al individuo en cuestión de una manera excesivamente protectora (acaso con matices dominantes, pero sin ser destructiva), si el mismo encuentra una esposa de similar naturaleza maternal, si sus dotes y aptitudes especiales le permiten usar su simpatía y ser admirado (como acontece, por ejemplo, con determinados políticos prósperos), aunque sin alcanzar un grado superior de madurez en un sentido social, ese hombre resulta "bien adaptado". Pero bajo condiciones menos favorables —que como es natural son más frecuentes— su vida amorosa, si no la social, constituirá un grave desengaño; al dejársele solo, en este tipo de personalidad se suscitarán conflictos y también, comúnmente, ansiedad y depresión intensas.

Hay casos más severamente patológicos en que la fijación a la madre es más profunda e irracional. A este nivel, hablando simbólicamente, no se desea ya recuperar los brazos protectores de la madre, ni su seno nutricional, sino encastrarse de nuevo en su vientre totalmente acogedor, y totalmente destructivo. Si la sustancia de una mente saludable entraña el salir del claustro materno al mundo, el meollo de la enfermedad mental grave radica en el ser atraído por el vientre de la madre, en el ser absorbido nuevamente dentro de él, lo cual equivale a ser sustraído de la vida. Este género de fijación ocurre habitualmente en aquellos casos en que las propias madres se vinculan a sus hijos en tal forma devoradora y destructiva. Ora

invocando el amor, ora el deber, pretenden retener dentro de sí al niño, al adolescente, al hombre; éste no ha de ser capaz de respirar, sino a través de ellas; no podrá amar, si no es en un nivel sexual superficial, degradando a toda otra mujer; no estará en aptitud de ser libre e independiente, sino que será un perpetuo inválido o criminal.

Este aspecto de la madre, el destructivo, el devorador, constituye el aspecto negativo de la figura materna. La madre es susceptible de dar la vida, pero también de quitarla; de revivir, pero también de destruir, de realizar milagros con su amor, pero también, y en grado sumo, de lastimar.

En las imágenes religiosas (por ejemplo, en la de la diosa hindú Kali) y en el simbolismo onírico, no es raro encontrar semejante ambivalencia.

Los casos en los cuales la fijación opera respecto del padre, implican una diversa forma de patología neurótica.

Un caso a propósito es el del hombre cuya madre es fría y distante en tanto que su padre (en parte como resultado de la frialdad de su mujer) concentra todo su afecto e interés en el hijo. Es un "buen padre", pero al mismo tiempo es autoritario. Siempre que la conducta del hijo le complace, lo alaba, le da regalos, es afectuoso con él; siempre que le desagrada, se retira, o lo regaña. El hijo, para quien el afecto del padre es el único con el que cuenta, se liga a aquél como si fuera un esclavo. Su meta principal en la vida es complacer al padre y cuando lo logra se siente feliz,

seguro y satisfecho. Pero cuando comete un error, fracasa o no logra dar gusto al padre, se siente desanimado, desamado, desechado. En épocas posteriores de la vida este mismo hombre tratará de encontrar una figura paterna a quien apearse de manera similar. Su vida entera se vuelve una sucesión de ascensos y descensos anímicos, según si vaya o no obteniendo la alabanza paterna. Este tipo de hombres tiene a menudo mucho éxito en su carrera social. Son concienzudos, dignos de confianza, serviciales —a condición de que la imagen paterna circunstancialmente escogida entienda cómo ha de manejarlos. Pero en sus relaciones con mujeres, permanecen huraños y remotos. La mujer no tiene significación central para ellos; por lo general experimentan respecto a ella, un leve desprecio, que suele disfrazarse de una especie de interés paternal hacia una niña pequeña. No es imposible que en un principio impresionen a una mujer por su masculinidad, pero se vuelven más y más decepcionantes a medida que la mujer con quien casan descubre que está destinada a desempeñar un papel secundario en relación con el afecto primario hacia la figura del padre, que destaca en la vida del marido en cualquier ocasión; esto es, a menos que la esposa haya permanecido vinculada a su propio padre; si ello es así, puede llegar a ser feliz con un marido que la trata como a una niña caprichosa.

Más complejo es el trastorno neurótico en el amor, que deriva de una diversa situación familiar, situación que



"sienten como niños, buscan el amparo, la protección"

se presenta cuando los padres no se aman entre sí, y a la vez son demasiado reprimidos para pelear o exteriorizar cualesquiera signos de insatisfacción. Su propia lejanía recíproca priva de espontaneidad a sus relaciones con sus hijos. Lo que una niña pequeña experimenta en este caso es una atmósfera de "corrección", la cual, sin embargo, no permite un contacto estrecho ni con el padre ni con la madre, y por ello deja a la niña perpleja y temerosa. Nunca está segura de lo que los padres sienten o piensan; la atmósfera contiene en todo momento un elemento de lo desconocido, de lo misterioso. En consecuencia la niña se retira dentro de un mundo privado, sueña con los ojos abiertos, permanece distante; y más tarde conserva esta misma actitud en sus relaciones amorosas.

Este retiro desarrolla, además de una intensa ansiedad, una sensación de no estar firmemente arraigado en el mundo y conduce muchas veces, como único camino para experimentar emociones intensas, a las tendencias masoquistas. No es raro que semejantes mujeres prefieran que su esposo haga una escena y grite, a que mantenga un comportamiento más normal y sensato, puesto que aquello por lo menos las alivia de la tensión y del miedo; tampoco es raro que ellas mismas provoquen inconscientemente aquella conducta, a fin de que concluya la torturante incertidumbre que suscita la neutralidad afectiva.

En los siguientes párrafos se describen otras formas comunes de amor irracional sin entrar a analizar las causas que las originan durante la infancia:

Una forma no infrecuente de pseudo amor experimentada en la mayoría de los casos como el "gran amor" (y corrientemente descrita así en los films y en las novelas), es el *amor idolátrico*. Si una persona no ha alcanzado el nivel que le depara un sentido de identidad, de Yo-idad, fincado en el florecimiento productivo de sus propias facultades, esa persona tenderá a "idolizar" al objeto de su amor. Enajenado de sus poderes intrínsecos, los proyecta en la persona amada, que así resulta venerada como el *summum bonum*, el depositario de todo amor, de toda luz, de toda beatitud. En el curso de este proceso se priva a sí mismo de toda sensación de fuerza, piérdese, en vez de encontrarse, en el ser amado. Puesto que generalmente nadie puede, a la larga, vivir de acuerdo con las expectativas de su adorador idólatra, es fatal que ocurra el desencanto y que como remedio para éste, se busque un nuevo ídolo; lo cual redundará algunas veces en un círculo interminable. Lo que caracteriza a este género de amor idolátrico es, en sus comienzos, la intensidad y el carácter súbito de la experiencia amorosa. Al amor idolátrico se le suele describir con frecuencia como el verdadero, gran amor; en cierto modo, en efecto, simboliza la intensidad y la hondura del amor, pero acaba sólo por demostrar el hambre y la desesperación del idólatra. Huelga decir que no es poco común el que dos personas se encuentren profesando entre sí una mutua idolatría, la que, en casos agudos, llega a representar la imagen de una *folie à deux*.

Otra forma de pseudo amor es aquella que puede ser llamada *amor sentimental*. Su estancia estriba en el hecho

de que el amor se experimenta sólo a través de la fantasía y no en la relación actual y concreta con otra persona real. La forma más difundida de este tipo de amor se encuentra en la vicaria satisfacción amorosa experimentada por el consumidor de películas cinematográficas, historias románticas ofrecidas por las revistas y canciones sentimentales. Todos los deseos insatisfechos de amor, unión, y acercamiento cúmplense al consumir estos productos. Ciertos hombres y mujeres que respecto a sus cónyuges respectivos se muestran incapaces de penetrar el muro del aislamiento, derraman lágrimas, en cambio, al participar de la feliz o desdichada historia de amor de la pareja que aparece en la pantalla. Para no pocas parejas reales, la única ocasión en la que experimentan amor no recíproco, sino en compañía, en calidad de espectador del "amor" ajeno, es la contemplación de los amores cinematográficos. Mientras el amor sea un soñar despierto, son capaces de compartirlo; tan pronto como baja al plano de la realidad de una relación entre dos personas asimismo reales, se vuelven como de hielo.

Otra versión del amor sentimental es la abstracción del amor respecto del tiempo. Una pareja puede conmoverse profundamente con recuerdos de su amor pasado, aunque no haya experimentado, cuando éste pretérito era aún presente, ningún género de amor, asimismo puede disfrutar con las fantasías de su amor futuro. ¡Cuántos novios o recién casados sueñan con el éxtasis amo-

roso que les reserva el futuro, bien que en el preciso momento en que viven comienzan ya a sufrir un aburrimiento recíproco! Esta tendencia coincide con una general actitud característica del hombre moderno. Vive en el pasado o bien en el futuro; jamás en el presente. Evoca sentimentalmente su niñez y a su madre — o hace proyectos eufóricos para el futuro. Ya sea que el amor se experimente vicariamente, mediante la participación en las ficticias experiencias de otros, ya sea que se le traslade del presente al pasado o hacia el futuro, esta forma alienada y abstraída del amor sirve como un opiáceo que alivia el dolor de la realidad, la soledad y el aislamiento del individuo.

Hay aún otra forma de amor neurótico. Es la que consiste en el uso de *mecanismos de proyección* que sirven para evadir los propios problemas e imparten en cambio una desmedida preocupación por los defectos y debilidades de la persona amada. En estas condiciones los individuos se comportan en mucho como los grupos, las naciones y las religiones. Advierten agudamente las más pequeñas limitaciones ajenas, y a la vez prosiguen felices su propio camino en santa ignorancia de sus propios defectos, perpetuamente ocupados en tratar de renunciar o reformar a los demás. Si los dos compañeros proceden simultáneamente así — caso muy frecuente — la relación amorosa se transforma en una situación de proyecciones mutuas. El que es dominante o indeciso o voraz, acusa de ello a su compañero y según su carácter



"alianza de dos seres contra el mundo"



"sin 'yo'... enajenado de sí mismo"

pretende, bien curarlo, o bien castigarlo. La otra persona se conduce del propio modo; con lo cual ambos logran ignorar sus propios problemas y fallan por tanto al emprender cualesquiera medidas que pudieren auxiliarlos en el proceso de su maduración.

Otra forma de proyección es la de los propios problemas en los hijos. Tal proyección, ante todo, suele tener lugar inclusive cuando no se tienen hijos, en el deseo de tenerlos. En semejantes casos la apetencia de hijos se halla primariamente determinada por la proyección del problema de la propia inexistencia en la existencia eventual de los hijos. Cuando una persona siente que no ha sido capaz de dar sentido a su propia vida, trata de lograrlo a través de la vida de sus hijos. Pero esto conduce fatalmente al fracaso de la propia vida y de la de los hijos. Lo primero, porque el problema de la propia existencia sólo puede ser resuelto para uno mismo y por uno mismo; nunca se resuelve por intermediarios. Lo segundo, porque, de esta manera uno mismo carece de aquellas precisas cualidades necesarias para guiar a los hijos en la búsqueda de su propio camino en la vida. Los hijos sirven como objeto de proyección asimismo, cuando se ha suscitado la cuestión de disolver un matrimonio infeliz. El argumento de cajón de los padres cuando se produce esta situación, es el de que no deben separarse a fin de no privar a los niños de la bendición constituida por un hogar sólido, unificado. Un estudio minucioso demostrará, sin embargo, que la atmósfera de tensión e infelicidad dentro de una "familia unida" es más dañina a los hijos que lo que sería una ruptura abierta — que por lo menos les enseña que el hombre es capaz de poner fin a una situación intolerable con sólo tomar una decisión valerosa.

Es preciso mencionar aquí otro error frecuente; a saber, la ilusión de que el amor implica forzosamente una ausencia de conflicto. Esto lo cree la gente del mismo modo que acostumbra creer que el dolor y la tristeza deben ser evitados bajo toda circunstancia. Y el argumento que los mueve a mantener aquella hipótesis radica en el hecho de que las batallas que advierten a su alrededor parecen no ser sino intercambios destructivos que no traen consigo ningún

beneficio a ninguno de los interesados. Pero lo que sucede es que los "conflictos" de la mayor parte de la gente son en realidad intentos de evadir los verdaderos conflictos. Son desacuerdos sobre cuestiones menores o superficiales que por su misma naturaleza no se prestan a ser aclarados o resueltos. Los conflictos verdaderos entre dos personas, aquellos que no sirven meramente para encubrir o para proyectar, sino que se experimentan al profundo nivel de la más íntima realidad que les corresponde, no son destructivos. Conducen al esclarecimiento, producen una catarsis de la cual las dos personas emergen con mayor sabiduría y mayor fuerza. Esto nos hace reiterar algo ya mencionado más arriba.

El amor es posible exclusivamente cuando dos personas se comunican la una con la otra desde el núcleo de su existencia; cuando cada una de ellas, en



"las dos caras opuestas de la madre"

consecuencia, se experimenta desde el centro de su respectiva existencia. Sólo en esta "experiencia central" radica la realidad humana; sólo aquí, la vida; sólo aquí, el fundamento para el amor. Experimentado así el amor es un estímulo constante; no es un punto de reposo, sino un moverse, crecer, trabajar juntos; aun el que haya armonía o conflicto, alegría o tristeza, resulta secundario frente al hecho fundamental de que dos personas se experimentan a sí mismas lo más hondo de su existencia, de que cada uno de ellos es capaz de ser uno con el otro por ser uno consigo mismo, y no por huir de sí mismos. No hay sino una cosa que prueba la presencia del amor: la profundidad de la relación y la vida y fuerza de cada una de las personas involucradas; este es el fruto por el que se reconoce al amor.

Así como los autómatas no pueden amarse entre sí, tampoco les es posible amar a Dios. La desintegración del amor a Dios ha alcanzado las mismas proporciones que la desintegración del amor al hombre. Esto contradice rotundamente la tesis de que estamos presenciando en esta época un renacimiento religioso. Nada podría estar más alejado de la verdad. Lo que presenciamos (aun cuando haya excepciones) es una regresión

a un concepto idolátrico de Dios, y una transformación del amor a Dios en una relación propia de una estructura caracteriológica enajenada. El regreso a un concepto idolátrico de Dios es fácil de advertirse. Presa de ansiedad, la gente carece de principios o de fe, se encuentra sin más objetivo que el inmediato de seguir adelante; de aquí que los hombres continúen permaneciendo en la infancia, con la esperanza de que el padre o la madre vengan en su ayuda cuando ayuda necesiten.

Cierto, en las culturas religiosas, como en las medievales, el hombre ordinario también contemplaba en Dios un padre y una madre auxiliares. Pero a la vez, tomaba a Dios en serio, en el sentido de que la meta suprema de su vida era el vivir de acuerdo con los principios divinos, el hacer de la "salvación" el interés máximo al cual todas las demás actividades estaban subordinadas. Nada de ese esfuerzo está hoy presente. La vida cotidiana se encuentra separada de todos los valores religiosos. Está dedicada a la persecución de comodidades materiales y de obtener buen éxito en el mercado de las personalidades. Los principios sobre los cuales sustentamos nuestros esfuerzos seculares, son los de indiferencia del egotismo (este último a menudo etiquetado como "individualismo" o "iniciativa personal"). Cabe comparar al hombre de culturas auténticamente religiosas con un niño de ocho años de edad que necesita de la ayuda de su padre, pero que empieza ya a adoptar las enseñanzas y los principios de aquél, en el curso de su vida. El hombre contemporáneo parece más bien un niño de tres años que clama por su padre cuando lo necesita, pero que, por lo demás, se comporta con gran autosuficiencia cuando lo dejan jugar.

En este sentido, con nuestra dependencia infantil de una idea antropomórfica de Dios, que no llega a transformar nuestra vida de acuerdo con los principios divinos, nos aproximamos a una



"guardan al niño, al hombre, dentro de sí"

primitiva tribu idólatra más que la cultura religiosa de la Edad Media. En otro sentido, nuestra situación religiosa muestra rasgos que son nuevos, privativos de la contemporánea sociedad capitalista occidental. Me remito a previas afirmaciones en este trabajo. El hombre moderno se ha convertido en una mercancía; experimenta su energía vital como una inversión con la que debería obtener la máxima ganancia posible, considerando su posición y la situación en el mercado de la personalidad. Se encuentra enajenado de sí mismo, de sus prójimos, de la naturaleza. Su propósito fundamental es el comercio ventajoso de sus habilidades, sus conocimientos y de sí mismos, de su "paquete de personalidad", con otros parejamente deseosos de un ventajoso y equitativo cambio. La vida carece de toda meta que no sea la de circular, de todo principio que no sea el del comercio equitativo, de toda satisfacción que no sea la de consumir.

¿Qué significado puede tener el concepto de Dios en estas circunstancias? Su significado original religioso, ha pasado a ajustarse a la alienada cultura de la prosperidad. En el renacimiento religioso de estos días, la creencia en Dios ha sido transformada en un dispositivo psicológico para hacerlo a uno más apto para la feroz competencia.

La religiosidad se alía con la auto-sugestión y la psicoterapia para ayudar al hombre en sus actividades comerciales. En los años veinte no se había recurrido a Dios con propósitos de "mejorar la propia personalidad". El libro más vendido en el año de 1938, *Cómo ganar amigos e influir sobre las personas*, de Dale Carnegie, se mantuvo en un nivel estrictamente secular. La importancia que alcanzó, en este terreno, el libro de Carnegie, la ha logrado en la actualidad el presente best-seller, *El poder del pensamiento positivo*, del Reverendo N. V. Peale. En este libro religioso ni siquiera se pone en tela de juicio si nuestra preocupación dominante por el éxito concuerda intrínsecamente con el espíritu de la religión monoteísta. Al contrario, este objetivo supremo se exhibe como incuestionable; antes bien, la fe en Dios y en la oración se recomienda como un medio para incrementar la capacidad de cada uno para triunfar en los negocios. Del mismo modo que los psiquiatras modernos recomiendan fomentar la felicidad de los empleados de las casas de comercio, a fin de que éstos resulten más atractivos a los clientes, algunos clérigos recomiendan el fomento del amor a Dios a fin de alcanzar un mayor éxito. "Asociate a Dios" implica hacer de Dios un socio mercantil, más bien que participar en el amor, la justicia y la verdad divinas. Así como el amor fraternal ha sido sustituido por un impersonal sentido de equidad, Dios ha sido transformado en un distante Director General de el Universo, S. A.; se sabe que está allí, que mueve todos los hilos (aunque es probable que el espectáculo continuaría también sin Él), jamás puede versele, pero se hace constar que a Él le corresponde la dirección mientras uno está cumpliendo su cometido.*

NOTAS

1 Cf. *The Sane Society*, E. Fromm, Rinehart and Company, Nueva York, 1955.

2 S. Freud, *Civilization and Its Discontents*, traducción inglesa de J. Riviere, The Hogarth Press, Ltd., Londres, 1953, p. 69.



"amor, un fenómeno irracional"

- 3 *Ibid.*, p. 69.
- 4 *Ibid.*, p. 21.
- 5 Freud, *Gesamte Werke*, Londres, 1940-52, vol. x.
- 6 Sándor Ferenczi, el único discípulo de Freud que no disintió de su maestro; pero en los últimos años de su vida cambió sus opiniones sobre el amor. Puede encontrarse una excelente disertación de esta materia en: *The Leaven of Love* de Izette de Forest, Harper & Brothers, Nueva York, 1954.
- 7 H. S. Sullivan, *The Interpersonal Theory of Psychiatry*, W. W. Norton Co., Nueva York, 1953, p. 246.
- 8 *Ibid.*, p. 246.

* N. del T. Para Fromm el "amor a Dios" no implica un concepto teísta, pues éste "es sólo un concepto históricamente condicionado, a través del cual el hombre ha expresado la experiencia de las facultades superiores, su deseo vehemente de la verdad y de la unidad en un período histórico determinado". Pero, al mismo tiempo, asegura que "las consecuencias del estricto monoteísmo y una preocupación fundamental —no teísta— por la realidad espiritual, constituyen dos perspectivas que, aun siendo diferentes, no tienen por qué combatirse entre sí.

(Traducción de Celia Chávez, revisada por Jaime García Terrés.)

DEL AMOR

INTRODUCCION AL SIMBOLO DE LA FE

Por Fray Luis DE GRANADA

PARIÓ UNA PERRA en un monasterio nuestro tres o cuatro perrillos, los cuales por no ser necesarios mataron los religiosos, y arrojaron por diversas partes de una huerta. Mas la madre, viéndose sin hijos, andaba todo el día oliscando por toda la huerta hasta que finalmente los halló; y así muertos los volvió al mismo lugar donde los criaba. Viendo esto los religiosos, arrojáronlos en un tejado alto, para el cual no parecía haber subida. Mas la grandeza deste amor natural dio ingenio a la madre para que saltando por una ventana en un tejadillo, y de aquel en otro, finalmente vino a dar en los hijos, y así volvió por los mismos pasos a traerlos a su primer lugar. En lo cual se ve claro cuán perfecta sea aquella divina Providencia en todas las cosas, pues tanta fuerza de amor puso en los padres para la crianza de los hijos, cuando son chiquitos.

Y no menos resplandece esta providencia en las aves, a las cuales dio mayor amor de los hijos, por haberles puesto mayor carga en la criación dellos. Porque

para la ligereza que les era necesaria para volar, no convenia tener ni la carga de la leche ni de los vasos della. Por lo cual era necesario que para mantener los hijuelos, quitasen parte del mantenimiento que tenían para sí buscado con trabajo, y lo partiesen con ellos. De donde nasce que si tomáis un pajarico del nido, y lo encerráis en una jaula; allí lo reconocen sus padres, y por entre las verjas le dan su ración, y parten con él lo que para sí habían buscado. Y porque esto era más dificultoso de hacer, proveyólas el Criador de mayor amor para vencer esta dificultad, porque éste es el que todo lo puede y todo lo vence, el cual es para sí escaso, por ser piadoso y largo para el que ama. Por lo cual dijo S. Bernardo: Amemos, hermanos, a Cristo, y luego todo lo dificultoso se nos hará fácil. Este amor se ve claro en una gallina que cría, porque con ser ésta una ave muy tímida y desconfiada, si queréis llegar a los pollos que cría, comienza a graznar y engri-farse y ponerse contra vos.